

RELEXIONES PARA EL COMIENZO DE LA JORNADA ESCOLAR EL PADRE ALFREDO ZURITA

LUNES

En los jardines de la plaza que hay junto a nuestro colegio de Alcorcón, frente a la iglesia de San Juan de Mata, se levanta una estatua de bronce. En el pedestal de granito hay una cruz trinitaria y una sencilla inscripción "Al Padre Alfredo Zurita, Alcorcón 2013".

¿Quién es este hombre cuya memoria se quiere perpetuar con una estatua? Se trata de un fraile trinitario que llegó a nuestro pueblo de Alcorcón siendo aún bastante joven, en los años setenta, y gastó gran parte de su vida en el servicio humilde a los más necesitados. Durante muchos años fue profesor de religión en nuestro colegio. En la parroquia era el encargado de la catequesis de los niños y los jóvenes en aquellos tiempos difíciles en los que su entusiasmo tenía que suplir la falta de medios y conseguía montar campamentos, convivencias y salidas por las montañas de media España. Los chicos y los jóvenes lo querían con locura y él se desvivía por que se educaran y se lo pasaran bien.

Durante muchos años acompañó a las familias del barrio y compartió con ellas los momentos de alegría y de tristeza. Estaba en las celebraciones alegres de bautizos y bodas y preparaba las primeras comuniones y las confirmaciones; pero cuando más se apreciaba su cercanía era en los momentos de dolor, cuando la enfermedad o la muerte o alguna otra desgracia golpeaban alguna familia. Cuando había problemas o dificultades, allí estaba él con su ayuda, una buena palabra o algún consejo que suavizara las situaciones y evitara rupturas.

Durante los últimos años, para que se pudiera entregar más plenamente al servicio a de la gente, lo liberaron de las clases. Pasaba el tiempo que le dejaban las ocupaciones de la iglesia visitando a los enfermos y los mayores del barrio. Y así, una mañana, cuando se dirigía a llevar les la comunión, al cruzar una calle por un paso de cebra, lo golpeó un autobús y una caída desafortunada acabó con su vida. El obispo que casualmente pasó por allí en esos momentos, expresó acertadamente lo que había pasado: "Jesucristo, el buen pastor, a quien Zuri llevaba, se lo ha llevado al cielo con él."

La gente sencilla del barrio con sus humildes aportaciones quiso dedicarle esa estatua grande, como él era, para que se recuerde siempre a un hombre de Dios humilde y sencillo que no hizo ninguna proeza extraordinaria pero gastó su vida en el servicio a los demás. Nosotros damos gracias a Dios por la vida del Padre Zurita y por la de tantas personas buenas y sencillas, como él. A lo largo de esta semana, iremos recordando algunos de los rasgos de su vida.

GLORIA AL PADRE + Y AL HIJO + Y AL ESPÍRITU SANTO

MARTES

EL PADRE ZURITA, SIEMPRE DISPUESTO A AYUDAR

La familia del padre Alfredo Zurita se dedicaba a la agricultura y él, desde niño, estaba acostumbrado a echar una mano en el trabajo a sus padres y a sus hermanos mayores. Era una familia acomodada económicamente que no pasaba necesidad, pero en aquellos años difíciles y siendo muchos hermanos, nadie ignoraba lo importante que es el trajo y la cooperación de todos para poder salir adelante.

Esa actitud la mantuvo el padre Zurita durante toda su vida. Durante sus años de estudios en Salamanca, además de atender los estudios y las tareas comunes de mantenimiento del convento donde convivíamos unas ochenta personas, siempre estuvo en el grupo de voluntarios que se encargaba de abastecer de carbón la calefacción y ayudaba con otros compañeros a los empleados de la granja de cerdos, conejos y gallinas que aliviaban nuestra precaria economía. Ocurría alguna vez que en el tiempo de meditación de la mañana o en alguna clase de filosofía se veía a nuestro buen fray Alfredo dar alguna cabezada: era porque la noche anterior la había pasado en la granja ayudando en el parto difícil de una cerda. Eso a él no le impedía cumplir con las obligaciones de su vida ordinaria.

En sus continuas visitas a los enfermos y mayores del barrio esa era siempre su actitud: lo mismo afeitaba a un anciano que limpiaba la cocina y fregaba los platos. Había alguno que, si no iba a dársela el padre Zurita, se negaba a merendar. Una de las imágenes más familiares de él, es la que lo presenta con un gran escobón, a su medida, quitando el arroz de las bodas de la puerta de la puerta de la iglesia. Nunca se avergonzó ni reusó cumplir esos humildes servicios, más bien se sentía alegre y satisfecho de poder hacerlo... Así entendía él el servicio a los demás.

GLORIA AL PADRE + Y AL HIJO + Y AL ESPÍRITU SANTO

MIÉRCOLES

EL PADRE ZURITA, AMANTE DEL DEPORTE

Durante los últimos años de la vida del padre Zurita era normal verlo por el barrio montado en su bicicleta. Cada día se hacía entre cuarenta y sesenta kilómetros, tanto en invierno como en verano; el clima extremado de Alcorcón no era problema para él. Para poder cumplir con su rutina deportiva, con un horario de trabajo tan intenso como el suyo tenía que levantarse muy temprano, pues durante el día ya no le quedaba tiempo para hacer ejercicio.

Lo que en un principio animó al padre Zurita y lo llevó poco a poco a ir aficionándose a la práctica del deporte no fue, como en muchos casos, su preocupación por la estética o por su imagen que pudiera ofrecer. Probablemente nunca en su vida se preocupó de esas cosas. Más bien ocurría lo contrario. Ofrecía siempre una imagen peculiar que reflejaba como cierto abandono: amplio pantalón vaquero sujeto con tirantes, sandalias todo terreno y en mangas de camisa remangadas en verano e invierno. Barba y cabellera abundantes que rapaba dos veces al año... Esa era su imagen y así está representado en la estatua del parque.

Su interés por el deporte viene más bien –también en esto– por su preocupación por servir mejor a los demás. El padre Zurita había sufrido antes de llegar a Alcorcón un grave accidente de tráfico que a punto estuvo de llevárselo al otro mundo y dejó en su corpachón serias secuelas. Su esqueleto, sobre todo rodillas y caderas, se resintió bastante y según pasaba el tiempo iba notando que sus movimientos se iban limitando cada vez más. Frente al progresivo anquilosamiento lo que se imponía era el ejercicio, un deporte que, como la bicicleta, no castigara sus articulaciones. Eran muchas las personas que dependían de su buena forma física; si él estaba mal no podría atenderlas. Por ellas asumió el padre Zurita sus renunciaciones; por ellas realizaba sus esfuerzos. Hasta que, al final, acabó disfrutando con ello. Él no pensaba en sí mismo; lo que hacía, lo hacía por los demás.

GLORIA AL PADRE + Y AL HIJO + Y AL ESPÍRITU SANTO

JUEVES

EL PADRE ZURITA, INTERESADO POR EL ARTE Y LA NATURALEZA

El padre Zurita no daba la imagen de una persona refinada ni erudita, más bien lo contrario. Sin embargo, los que hemos convivido con él no dejábamos nunca de admirarnos de su interés por el arte y la historia y el amplio conocimiento que había ido adquiriendo sobre los monumentos y restos arqueológicos de toda España; y lo mismo cabe decir de los paisajes y sitios naturales interesantes.

Antes de venir a Alcorcón, como había sido durante varios años responsable de las entonces numerosas vocaciones trinitarias, había tenido que visitar numerosas iglesias, escuelas y familias y recorrer cantidad de pequeños pueblos, sobre todo del norte. El no iba a restaurantes ni se alojaba en hoteles. Si no tenía cerca algún amigo, dormía en el campo con el saco y compraba en el “súper” la comida. Eso le dejaba tiempo para ver todo lo que tuviera alguna importancia de los alrededores y así eran pocas las cosas de interés que escapaban a su curiosidad.

Daba gusto viajar con él, pues lo mismo te hacía descubrir lugares históricos que vistas impresionantes de la naturaleza. Siempre te sorprendía con algo nuevo; podían ser las ruinas de un antiguo monasterio o una laguna poblada en ese momento de aves migratorias. Él disfrutaba, observando, leyendo y recopilando información, preguntando a la gente de los lugares los detalles de cada elemento. Para él lo importante era vivir esos momentos con intensidad, disfrutando de todo, de cada detalle. En esos momentos el tiempo no contaba para él y después comentaba y recordaba la hermosura de lo que habíamos disfrutado y se lamentaba de que, a veces, no sabemos apreciar, valorar y respetar las riquezas extraordinarias que tenemos.

GLORIA AL PADRE + Y AL HIJO + Y AL ESPÍRITU SANTO

VIERNES

EL PADRE ZURITA, SIEMPRE FIEL A DIOS EN LA ORACIÓN

A lo largo de esta semana hemos ido recordando para vosotros diferentes aspectos de la vida de un fraile trinitario, el padre Alfredo Zurita, un hombre bueno, servicial y sencillo. Su talante espiritual era también como él era en todo lo demás, humilde y sencillo, tal vez un poco desgarbado, pero sólido y recio.

Para él la relación con Dios era algo natural; en ella alimentaba y orientaba el resto de su vida y su trabajo. Por eso no sabía vivir sin la oración. Por eso se levantaba cada día tan temprano para su circuito con la bicicleta: para estar a la hora, duchado y fresco, con sus demás hermanos en la oración y la meditación de la mañana. Por eso, cuando en las vacaciones quedaban pocos frailes en la casa y era más fácil relajarse en los horarios, él buscaba siempre a algún compañero para no quedarse ni un día sin hacer la oración. Junto a la cabecera de la cama tenía el padre Zurita el hermoso rosario que su madre había utilizado hasta su muerte: sin duda al recitar las avemarías uniría el recuerdo y el cariño a la Madre del cielo y a la de la tierra.

Los que convivimos con el padre Alfredo Zurita estamos convencidos de que sin este recurso a Dios y esta relación con él nuestro hermano no habría podido vivir como vivió y servir como sirvió. En su vida comprobamos una vez más que el contacto y el trato asiduo con Dios, si se hace en la sencillez y la sinceridad, consigue que una persona saque de sí misma una calidad humana y una riqueza que nadie podría suponer que existían en ella.

GLORIA AL PADRE + Y AL HIJO + Y AL ESPÍRITU SANTO